

poráneos, yo era bella y la riqueza me sobraba, dos buenos alicientes para conquistar al hombre. Siempre me mostré sorda á todos los galanteos y ofertas matrimoniales, reconcentrando toda mi ternura en mi pequeño hermano Rafael. Este era hijo del segundo matrimonio que mi padre, ya casi anciano, contrajo con una señorita tan delicada y endeble que al poco tiempo de nacer el niño, se apoderó de ella un estado tal de languidez que apenas á los dos años de estas segundas nupcias, mi padre volvió á enviudar. Este disgusto y sus años contribuyeron á llevarle pronto al sepulcro. En sus últimos momentos recomendóme el cuidado del pequeño huérfano; recomendación por otra parte inútil porque yo adoraba al niño. Mi hermano mayor, Obispo de la Diócesis, no intervenía para nada en los asuntos relativos á mi hermanito. Yo pues, fuí quien dirigió su educación. Primero le envié á la escuela de primeras letras, después al colegio de segunda enseñanza, y últimamente á la Universidad. A la edad de veinte años, mi joven hermano, perfectamente educado y de hermosa presencia, constituía todo mi encanto. Sucedió por entonces la invasión francesa, y todo ciudadano hábil fué llamado á las armas. No hubo forma de contener á Rafael. Aún el adusto Obispo le rogó que se quedara y se mandarían por él un par de sustitutos. Pero yo bien comprendía que si el sacerdote hacía tales ofrecimientos era por calmar mi aflicción, pues en su fuero interno deseaba que todos, chicos y grandes, empuñaran las armas volando á Madrid á defender la Religión, que, según el clero, estaba amenazada de muerte con la dominación Napoleónica; ignorando ó fingiendo ignorar, que fué Napoleón el que abrió los templos en Francia, después de haber estado cerrados algunos años durante la Revolución, y el que también, firmó el Concordato con el Papa. Al fin, mi hermano se unió á la bandera de un coronel amigo nuestro, que con su hueste partía para la Metrópoli y partió con él. ¡Grande fué mi dolor! ¡Presentía que nunca más vería á Rafael! Tuvimos cartas al principio, pero seis meses después recibimos una de nuestro amigo el coronel, dándonos una funesta noticia: Rafael se había afrancesado, casándose con la primera dama de la Reina, esposa del Rey José Napoleón; pero eso sí, no haría armas contra la Patria pues, por influencia de su esposa, se le había nombrado gentil-hombre de cámara. No puedo describirte querida Elisa, el furor del Obispo. El ignoraba la fuerza de la pasión llamada amor porque jamás amó. Yo, que por experiencia propia conocía el absoluto po-

der de ese sentimiento, hallaba excusa á la conducta del pobre joven. Quise decir algo en favor de su juventud. . . . pero mi terrible hermano, imponiéndome silencio, juró que el inicuo afrancesado jamás heredaría ni un cuarto del gran patrimonio que, en otras circunstancias, hubiera recaído todo en él. Al efecto, y sin tardanza, llamó á su Notario y le dictó un testamento instituyéndome única heredera de su cuantiosa fortuna. Algún tiempo después murió el Obispo, cuyo solo defecto era su gran fanatismo religioso. Yo entré en posesión de la herencia, proponiéndome explorar la voluntad de Rafael, con objeto de llamarlo á mi lado y á la vez nombrarlo mi heredero universal. Con gran pena supe la noticia del fusilamiento de nuestro amigo el coronel, prisionero y sentenciado por los franceses. Ya no había medio de tener noticia de mi hermano: mientras vivió el coronel, siempre por su mediación tuve alguna; muerto él, perdí el intermediario. Entonces entre españoles y franceses no había, ni podía haber, ninguna amistosa relación; las cartas eran interceptadas y más bien perjudicaría á mi hermano si trataba de ponerme en relación directa con él. Así pasaron los años, hasta que al fin triunfó la Independencia y cayó la dinastía extranjera. Poco tiempo después el Gran Capitán del Siglo iba desterrado camino de Santa Elena. Supe que Rafael acompañó á su destino la Grandeza caída. Después tuve noticia de su muerte acaecida en aquella isla el mismo año que murió Napoleón. ¿Por qué le ví en sueños anoche?

Así terminó doña Pilar su largo relato, saturado de cuando en cuando por algún polvo de rapé, eficaz paliativo de grandes tristezas. . . .

La señora, asistida por Elisa, vistió un traje de tafetán color oscuro, echándose por los hombros un mantón de Manila. Elisa fuése al cuarto inmediato, donde cambió su bata de mañana por un elegante vestido color celeste con adornos blancos. Después encamináronse las dos al comedor donde se sirvió suculento almuerzo. La anciana hizo poco honor á las viandas, comiendo apenas un ala de pollo, tomando una taza de leche, una rebanada con mantequilla y bebiendo una copita de Jerez. En cambio Elisa almorzó opíparamente, comiendo de todo y rematando el fin de unos huevos moles con un medio vaso de moscatel.

Su rostro, generalmente blanco, tomó subido tinte de rosa, haciéndola aparecer joven de veinte años, cuando realmente tenía muchos más. Su natural belleza subió muchos quilates, y como ahora hablaba con atractivo despejo, ha-



biendo desaparecido la estatua, sobresalía la seductora belleza muy capaz para trastornar las más sesudas cabezas. El paisano tenía razón. Terminado el almuerzo llegó Domingo de la ciudad: traía los cristales, y además, una carta para doña Pilar. La señora la tomó y dándola á Elisa, dijo:

—Mira querida: házme el favor de leerla tú..... pero vamos al salón y allí sabremos quien nos escribe.

Encamináronse á la estancia y sentadas las dos en el amplio sofá, Elisa rompió el sobre, comenzando la lectura en alta voz.

El contenido de la carta decía así:

París, Mayo 18...

**Señora doña Pilar del Castillo y Gómez.**

Santa Cruz de Tenerife.

Mi respetable y desconocida hermana:

Aunque nunca tuve la dicha de verla, su hermano de Ud., Rafael, mi finado esposo, me la dió á conocer en las muchas veces que me habló de Ud., presentándomela como modelo de bondad y amor fraterno. Cuando supo que el señor Obispo lo habia desheredado jamás quiso creer que Ud. tuviera ingerencia alguna en ese despojo. Nó, nó, me decía, eso no ha podido sancionarlo mi excelente hermana. El amor que me profesaba y que, estoy seguro, me profesa aún, es bastante poderoso para sobreponerse á fanatismos religiosos. Es mi hermano el Obispo, que no me perdona por no haber matado yo siquiera una docena de franceses, enemigos, según su criterio, de la Religión. Es mi hermano mayor quien me arroja del seno de la familia, porque sus sentimientos retrógados no le permiten otra conducta..... Debo decirla, mi querida señora, que Rafael, empleado en la Corte como gentil-hombre, jamás tomó las armas contra sus compatriotas. Esa gracia la obtuve yo por medio de la Reina, que me tenía á su servicio como primer camarera ó camarera mayor. Cuando el gran Emperador cayó en desgracia, mi esposo, considerándose sin auxilio en su patria, optó por emigrar, acompañando al caído en su destierro. Yo le seguí: y allá, en el triste peñón donde cual Prometeo, quedó sujeto para siempre uno de los grandes Genios que registra la Historia, nació mi pequeña Armida. Rafael después de cinco años, entregó su espíritu á Dios. Es seguro que su temprana muerte se debe á la insalubridad del clima. Un año después el mis-

mo Emperador bajó al sepulcro. Entonces yo, llena de mortal pesadumbre, acompañada de otras familias que regresaban á la Patria, llegué á París.

Nunca volví á disfrutar buena salud, declarándose al fin una de esas enfermedades que no perdonan. Conociendo mi cercano fin, y considerando el desamparo en que va á quedar mi hija, la envió á Ud. con esta carta. Su viaje lo efectuará después de mi muerte, que tardará muy poco. Su buena aya, Antonia Jaubert, señora muy estimable, acompañará á mi Armida. Ella será la depositaria de este escrito hasta que pasados pocos días de mi muerte, emprendan el viaje á esa capital. Tengo la íntima convicción de que Ud., en memoria del querido Rafael, amparará á la huérfana desvalida.

¡Adiós, mi estimable y desconocida hermana! Mi despedida es eterna para la tierra: no así para un mundo mejor, donde espero volver á ver seres amados y perdidos acá abajo.

De Ud., con el más respetuoso cariño se suscribe S. Atta. S. S. Q. B. S. M.,

#### Armida Sué v. del Castillo.

¡Mi sueño, mi sueño!—dijo doña Pilar enjugando las lágrimas que el contenido de la carta había hecho correr.

En seguida llamó á Domingo, para preguntarle quién le había dado aquella carta. Dijo que una señora, al parecer extranjera, la cual le dió las señas del Hotel donde se hospedaban por si contestaban, que enviaran allí la contestación.

Doña Pilar dijo á Elisa:

—Hija mía, vamos á contestar en seguida. Tú lo harás dictando yo: después firmaré.

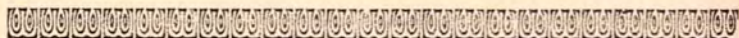
Elisa, sirviendo de amanuense, escribió:

#### Señorita doña Armida del Castillo y Sué.

“Mi amada sobrina: Apenas leas estas líneas toma, tú y tu compañera, el coche que te envió para que te conduzca á esta tu casa donde te aguarda con impaciencia tu amante tía”.

La anciana, después de ponerse sus gafas de oro, firmó, rogando á Elisa dijese al mozo que enganchara al coche dos tordillos y se volviera en seguida á la ciudad, provisto de la esquila que pondría en manos de la señora extranjera sin perder momento. El sirviente partió. Dos horas después entraba en el patio el coche conductor de las viajeras.





## CAPITULO XVI

### LA SOBRINA

Dos señoras vestidas de riguroso luto se apearon del carruaje. Elisa, que había bajado á recibirlas, las condujo al primer piso donde doña Pilar, asomada á una ventana, las esperaba. Las viajeras llevaban sombrero negro con velo de crespón echado sobre el rostro. Al entrar al salón los velos fueron levantados y la anciana reconociendo en la más joven á su sobrina la estrechó cariñosamente entre sus brazos; después alargó la mano á la otra con calurosa efusión.

Elisa, imitando á doña Pilar, abrazó y besó en la frente á Armida, haciendo lo mismo con doña Antonia, acción más democrática que la de la anciana noble, con la que Elisa se ganó al momento las simpatías del aya francesa. Armida era lo que ha dado en llamarse "El sueño de un poeta."

Alta y blanca con ligero tinte de rosa en las mejillas; largo pelo de un rubio subido tirando á rojo, ojos grandes de color azul tan oscuro que á poca distancia parecían negros; cejas y pestañas de tono castaño fuerte sombreaban un rostro de maravillosa perfección rematado por un lindo hoyuelo en la barba. Su busto perfectamente modelado, era de anchos hombros, con seno poco pronunciado, como pide la Estética en la primera juventud de la mujer, pues las exhuberancias sientan sólo á la matrona. Inverosímil cintura dábala gran flexibilidad al andar; nada decimos de sus manos porque llevan guantes; pero estamos seguros que son de corte aristocrático. Esta joven beldad raya en las dieciseis primaveras.

Su aya doña Antonia, frisa en los veintiocho años. Medianamente alta y algo regordeta, lleva su busto las redondeces que convienen á esa edad; de color muy blanco, con ojos azul claro, pelo negro y rojos labios, es su persona muy

simpática no sólo por su físico, sí que también por su perfecta urbanidad y gracia parisiense. La joven y su aya eran dignas una de otra.

Doña Pilar, estaba contentísima con el arribo de estas damas y, al parecer, Elisa lo estaba. Después de quitarse los guantes y sombreros, siendo ya hora de comer pasaron todas al comedor donde se sirvió una excelente comida á la cual esta vez, hizo honor doña Pilar, pues la alegría excita al apetito y la anciana estaba contenta de conocer á su preciosa sobrina. La vajilla y cubiertos eran de plata y las pequeñas tazas para café de puro oro. La cristalería era rica, y las botellas para agua de cristal de roca con dibujos dorados.

En fin; si los muebles de la casa eran anticuados sería por capricho de la dueña, y no por escasez de recursos; el menaje de comedor decía claramente que allí sobraba la riqueza. Doña Pilar tenía un patrimonio de doscientos mil duros, ó sea un millón de pesetas; cantidad suficiente para poder vivir con gran lujo una familia. Después de comer se fueron á dar un paseito por los contornos. Elisa, como siempre, llevando de la mano á la anciana; Armida al otro lado y doña Antonia contando chascarrillos de París, cosa que divertía á doña Pilar, hasta el punto de omitir el polvo de rapé.

A vuelta del paseo se entretuvieron un poco en el salón hablando cosas varias; la conversación era sostenida por Elisa y doña Antonia. El chiste español y el ingenio francés entraron en liza derrochando gracia. Doña Pilar oía con gusto las agudas ocurrencias de Elisa y la graciosa réplica de la francesa, guardándose muy bien de hacer alusión alguna al pasado, temiendo que su joven sobrina entristeciera si la mencionaba á la muerta mamá. Eso lo dejaría para más adelante, cuando terminado el luto, se pudiera hablar de recuerdos con más serenidad.

Así vivió esta familia, casi feliz, por algún tiempo. Armida, desde luego, suplicó á su tía pusiera la cama de doña Antonia en el mismo aposento que la de ella misma, porque hacía mucho tiempo que su aya la acompañaba de noche.

La tía accedió á la petición, aunque creía que la categoría de su sobrina pedía otra cosa. Al fin, como noble, tenía sus creencias de abolengo, pero no queriendo contrariar en lo mínimo á la niña, las dos camas fueron puestas en la misma alcoba.

—Querida Antonia—dijo Armida la primera noche.—  
¡Cuán amable es mi buena tía! ¡Lástima que á su regreso



de Santa Elena, no hubiera tenido mamá la idea de venirse aquí! Mi tía la hubiera recibido con los brazos abiertos; y talvez en este clima, tan ponderado por su salubridad, hubiera recobrado la salud.

—Hija mía, muy bien pudiera suceder lo que dices, pero tu mamá siempre temió ser mal recibida. Si tu papá hubiera vuelto á Francia, entonces si se hubiera trasladado á esta isla. Sobre esas cosas ya no hay que pensar, niña mía. Procura, pues, consolarte y creer que por sobre nosotros existe un Poder que todo lo dispone y contra cuya Gran Potencia sería en vano luchar. ¿Quién sabe si tú disfrutarás un día gran felicidad y dicha venturosa? Eres muy joven, y debes tener tu parte en el banquete de la vida. Ahora, deploras la muerte de tu mamá; pero al fin vendrá la conformidad y la resignación que Dios envía.

Así la buena aya iba poco á poco calmando la enorme pena que seis meses antes había sufrido Armida con la muerte de su madre.

De noche, en el silencio de su dormitorio, era cuando la huérfana y Antonia hacían mención del pasado. Armida jamás se permitía afligir á la anciana tía haciendo referencias á memorias tristes; y doña Pilar—como se ha dicho—tampoco tocaba el asunto por igual causa respecto á su sobrina: era una especie de tácito convenio.

Un día que Armida había salido con doña Antonia á dar una vuelta por el campo, doña Pilar dijo á Elisa:

—Ven querida: hoy tenemos que hablar de algo serio.

—La señora dirá; la escucho.

—Talvez voy á disgustarte, hija mía.

—La señora no puede disgustarme nunca.

—Eres muy buena, Elisa; pero aún no sabes de lo que se trata. Tú estás enterada de que hace tiempo testé nombrándote mi heredera universal; tú misma, dictándolo yo, redactaste el documento que obra, cerrado, en poder de mi Notario. Ahora bien: yo ignoraba entonces la existencia de mi sobrina, que hoy tiene el derecho de heredarme legalmente. ¿Qué te parece que debo hacer ahora?

—Pues eso, señora mía, es tan claro como la luz. Si Ud., por un acto de benevolencia testó á mi favor, fué porque no teniendo herederos se fijó en mí, que sin haber hecho méritos para ello, tuve la honra de que me nombrara su heredera; pero desde el momento que aparece un miembro de la familia que tiene sus incontestables derechos á la herencia, ese testamento claudica y ya no tiene ningún valor.

—Mucho me complace oírte hablar así, mi muy querida

Elisa : temía que fuera á disgustarte el sesgo que ha tomado este asunto ; pero en tus conclusiones se patentiza tu buen criterio. No retiraré el testamento : haré un Codicilo que exponga mi última voluntad. No creas que voy á dejarte desheredada ; no, hija mía. Por fortuna soy bastante rica y tu tendrás buena parte de mis bienes. Esta noche, cuando mi sobrina y su aya se retiren al dormitorio, tú vendrás al mío. Escribirás el Codicilo ; yo lo firmaré para mañana enviarlo al Notario con una carta para ese señor, diciéndole que ese Codicilo cerrado, como lo está el testamento, contiene mi última voluntad y quedan archivados los dos documentos hasta el día de mi defunción, en que serán abiertos.

—Pero, mi querida señora ¿por qué habla Ud. así? Aún puede Ud. vivir luengos años.

—No espero tal cosa. De todos modos, cuando ya somos viejos y tenemos algo que testar hay que verificarlo pronto : puede sorprendernos la Parca sin tener arregladas nuestras disposiciones.....

—¡Está muy bien! Esta noche, como desea Ud. se escribirá el Codicilo.

Armida y el aya regresaron de su paseo trayendo la joven un bonito ramillete de flores silvestres el cual presentó á doña Pilar diciéndola :

—Ya ve Ud. querida tía que ahí hay flores tan bellas como las de jardín ; esos lirios y violetas bien pudieran figurar en un parterre.

—Eso quiere decir, niña mía, que nuestro país es admirable en su flora ; así como también en otras varias cosas.....

Se tomó la colación compuesta de buen chocolate, panecillos de mantequilla ,queso de Holanda y pastas finas, en el cuarto de doña Pilar. Esta señora sólo tomó un buen caldo y unos huevos tiernos. Después siguió la tertulia hasta las nueve. Armida abrazó á la anciana y ésta besándola en la frente dijo :

—Anda querida niña, acuéstate temprano ; y Ud. doña Antonia, arrópela bien, pues, aunque estamos en verano las noches son bastante frías especialmente en el campo. Armida y doña Antonia se despidieron. dando afectuosamente las buenas noches á la señora y á Elisa, yéndose después á su dormitorio. El de la dama de compañía quedaba pared por medio con el de la anciana, con el cual comunicaba por una puerta que de noche nunca se cerraba por si le ocurría alguna novedad á doña Pilar, estar lista á servirla. Por todos esos cuidados y otros muchos que callamos—Elisa se



había hecho una necesidad para la señora mayor, no podía pasarse sin ella y la profesaba gran cariño; prueba de ello el testamento que otorgó legándola su cuantiosa fortuna. Si reformaba su primera voluntad, porque su recta conciencia la decía que no debía desheredar á la hija de aquel hermano tan querido, á quien un día, pensó dejar todos sus bienes, ella volvería á testar, dejando buena parte á su querida y buena compañera.

Después de quedar sola, Elisa se acercó á una mesita con recado de escribir y tomando la pluma, dijo:

— Ya estoy pronta, señora mía: dicte Ud.

Sobre la mesa había un pliego de papel sellado.

La señora dictó: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, declaro, que todo Testamento ó Codicilo, que aparezca sin llevar al frente esas palabras, será considerado nulo y sin valor. Por el presente Codicilo, que otorgo en sano juicio y completa razón, instituyo por mi heredera universal á mi sobrina la señorita doña Armida del Castillo y Sué. Item más, dispongo que la susodicha sobrina entresaque de la masa común de bienes la cuarta parte del total y la entregue á la señorita doña Elisa de Mendoza Rivas; cuya cesión se efectuará en bienes raíces ó moneda corriente á gusto de la agraciada. Item más, recomiendo á la heredera universal el reparto de cinco mil duros entre pobres vergonzantes y los tres domésticos que, desde largos años, tengo á mi servicio. Y recomendando mi Espíritu á la Divina Providencia, firmo el presente Codicilo, el día 20 de Agosto de 18.. en mi hacienda de Buena Vista.

### María del Pilar del Castillo y Gómez”

Doña Pilar firmó sin ponerse las gafas por estar tan acostumbrada á escribir su nombre que decía “Hasta con los ojos cerrados puedo escribirlo”, pero alguna vez se las ponía para dar mejor forma á la letra, traslado la cartita que escribió á su sobrina: aquel día quiso exhibir sus dotes caligráficas. Al terminar la escritura dijo Elisa:

—“Voy á escribir la carta al Notario, para que todo quede arreglado esta noche y no vuelva Ud. á ocuparse de tan enojoso asunto. En tanto reza Ud. la oración de la noche, para no molestarla paso á mi aposento á escribirla allí: terminada la traeré para que Ud. firme.”

—¡ Siempre previsora! ¡ Qué buena eres! y doña Pilar empuñando el rosario comenzó el rezo, mientras su astuta

dama recogía el Codicilo diciendo que iba á sobreescribirlo, y salió rápidamente de la estancia.

Entrando en su cuarto, Elisa sentóse á la mesa escritorio, y sacando de la carpeta un pliego timbrado, extendiólo sobre la mesa: después abrió el Codicilo y mojando la pluma comenzó á copiar el documento, eliminando de él la cláusula sacramental “En el nombre del Padre, etc., etc.” Mientras copiaba movía los labios murmurando palabras incoherentes, tales, como “Historia... enfermo... ciego... usurpación... Rebeca... aplauso... posteridad...”

Como quiera que sin verbo no hay oración, no podemos entender que significan esos vocablos sueltos; pero sospechamos que talvez traía al tapete algún abominable hecho histórico para sancionar el terrible que ella estaba consumando.... Fuera lo que fuese, al terminar la copia, se dirigió al dormitorio de doña Pilar, bien segura de que la anciana no echaría la vista sobre lo escrito. Justamente terminaba sus oraciones, cuando Elisa llegó y presentándole la pluma indicó el sitio donde debía firmar, diciendo:

—Es la carta para el Notario. Estampe aquí su firma y todo está terminado.

La señora firmó sin mirar lo escrito. De una plumada, inconcientemente, había sumido á su pobre sobrina en la miseria.... Ni en sueños sospechaba falsedad alguna en aquella afectuosa compañera, que no cesó de prodigarla los más asiduos cuidados durante el largo tiempo que hacía habitaba á su lado, siempre solícita y atenta.

Elisa se despidió de doña Pilar, diciendo que al día siguiente, antes de levantarse la señora, ya estarían Codicilo y carta en poder del Notario. Entró en su cuarto y entornando la puerta sentóse otra vez á escribir.

“Hacienda de Buena Vista.—Agosto 20—18....

Sr. Notario López Carrasco.

Santa Cruz de Tenerife.

Distinguido señor:

Por orden de doña Pilar, escribo á Ud. la presente enviándole un Codicilo cerrado (con lacre negro) el cual contiene la última voluntad de la señora. Ud. se servirá poner los sellos y firmas de rúbrica y archivarlo con el



primer testamento hasta el día que sea necesaria la apertura de ambos documentos.

Soy del señor Notario Att. S. S., Q. B. L. M.

### Elisa de Mendoza y Rivas.”

Después cogió el verdadero Codicilo y lo acercó á la luz con la sana intención de quemarlo. . . . de pronto se detuvo sin saber por qué, y guardándolo en un cofrecito, cuya llave llevaba siempre al cuello, prendida de una cinta negra, murmuró,—talvez pueda necesitarlo á la hora de mi muerte. . . . Entre tanto, que duerma en paz en esta caja. Sabemos que Elisa, aquella noche, durmió bien. Por muchos días continuó la vida pacífica, casi feliz, de aquella familia. Armida se había robustecido adquiriendo mayor belleza con las frescas rosas de su rostro. La española y la francesa, continuaban en sus lides de chistosas ocurrencias; lenguaje social, que, sin decir nada, alegría á las gentes que lo oyen, y consigue su objeto, que no es otro que hacer pasar el rato.

Al fin era preciso retornar á la ciudad, pues el ya próximo octubre, traería fríos y vendavales muy peligrosos para la delicada y enfermiza salud de la señora. Fijóse, pues, el regreso para el día del Rosario. En tal día, subiendo al coche las cuatro damas, dieron un adiós al campo, hasta el nuevo verano, dirigiéndose hacia la capital. Los sirvientes se marcharon á pié porque la hacienda apenas distaba tres cuartos de legua de la ciudad.

Al fin llegaron á la gran casa. Toda ella estaba bien surtida de muebles, pero ese mobiliario lucía todo de forma anticuada.

El salón, cuyas colgaduras eran de damasco rojo—por supuesto de seda—disimulaba con su aspecto regio, el sofá y sillería de forma arcaica. También los grandes cuadros con buen marco dorado, daban cierta alegre nota al conjunto. Estos representaban varios episodios de la Conquista de Méjico. Estaban iluminados, y en uno de ellos se reconocía muy bien la figura del Gran Conquistador, rompiendo a sablazos el horrible Idoló, mientras sus capitanes desatan las manos a multitud de jóvenes indias ricamente vestidas, para ser sacrificadas por canibales sacerdotes á un Dios sanguinario y antropófago. . . . A un lado del terrible cuadro, yace un rimero de calaveras, atestiguando que allí se había devorado mucha carne humana.

¡ Y hay quién baldone á los conquistadores españoles. . . !  
¡ A las bestias feroces, se las elimina de cualquier modo!

Como esa lámina representa el episodio más característico de la crueldad mejicana, en aquel tiempo, nos concretamos á ella, dejando la descripción de las demás por ser muchas.

A fin de año, doña Pilar se sintió bastante enferma; declarándose pronto una fiebre muy alta. Consultados los más doctos médicos, todos diagnosticaron unánimes, que la señora estaba atacada de pulmonía, enfermedad peligrosísima en su avanzada edad. Así fué como la excelente anciana, en cuatro ó cinco días, después de recibir los últimos auxilios religiosos, dejó este mundo por otro mejor.

Armida, Elisa y doña Antonia—como asimismo los antiguos sirvientes—dieron fiel testimonio de su gran dolor por tamaña pérdida. Aunque hay motivo para dudar si Elisa sentía pesadumbre verdadera, afirmamos era real y positiva la congoja de todos los demás.

Antes de dar sepultura al cadáver, que de cuerpo presente se hallaba en el salón, previo el apéo de los rojos cortinajes—sustituídos por largos velos negros— llegó el Notario, con Testamento y Codicilo; pues en estos casos hay que informarse si las disposiciones testamentarias indican alguna cosa sobre el sepelio. En habitación contigua á la mortuoria, y en presencia de las damas y servidumbre, el Notario comenzó por romper los sellos del primer Testamento, cuya lectura confería á Elisa de Mendoza toda la fortuna de la finada señora del Castillo. Hay que advertir que el documento comenzaba “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”—todo Testamento ó Codicilo, que aparezca sin llevar esas palabras al frente, será considerado Nulo y sin ningún Valor, etc., etc.

Ahora bien; cuando el funcionario abrió el Codicilo, echó de ver al momento—con nó poco asombro—la falta de las palabras sacramentales. Lo leyó, sí, pero ¿para qué? No era válido! El Notario, echando sobre la huérfana una mirada compasiva dijo con pena:

—“Señorita, siento decirle que Ud. no tiene ningún derecho á la herencia de su señora tía. Es indudable que este Codicilo fué hecho con el fin de nombrarla á Ud. por heredera universal; pero careciendo de la cláusula que encabeza el Testamento, es nulo y sin ningún valor. La Ley me impone el imperioso deber de cumplir con ella. Y volviéndose á Elisa, que permanecía impasible la entregó el Testamento, diciendo:

—Ud. señorita, por medio de ese Documento, es hoy legítima dueña de una gran fortuna, mientras que esta niña



—de cuya historia estoy bien enterado—queda sin pariente alguno ni medios de subsistencia.... ruego, pues, á Ud. estimable señorita, que la ampare en su horfandad, siquiera por ser sobrina de la dama que la ha hecho á Ud. poderosa.

—¡Oh! sí, sí, señor Notario; todo lo mío es también suyo: desde luego le pasaré una pensión....

—De eso hablaremos más tarde, querida Elisa, dijo Armida, que no sentía pena por la herencia, sino mucha, por la muerte de su tía.

Los funerales de la señora del Castillo fueron arreglados á la altura de su clase, concurriendo al entierro numerosas personas de ambos sexos. Armida y su aya, permanecieron nueve días con Elisa, que en vano trató con mil agasajos, hacer aceptar á la joven una decente pensión. Esta siempre rehusó, alegando invariablemente, que las pensiones eran muy aceptables para personas inválidas, y no para las aptas, aunque puedan ocuparse en algún trabajo.

—Mi querida Elisa—decía—si yo estuviera inválida crea Ud. que aceptaría en seguida su generosa oferta. Pero estoy buena y con suficiente aptitud para ganarme, por mí misma, la subsistencia. Sé hacer muchas labores, y especialmente bordar. Mi buena Antonia me secundará; no se quedará mano sobre mano viéndome trabajar. Así pues agradeciendo en el alma su bondadoso deseo, no puedo aceptarlo; pero si un día me viere imposibilitada, me acordaré de él.

Doña Antonia alquiló, en una modesta casa de vecindad, un cuartito tercero. Vendió en una platería una hermosa sortija de brillantes, perteneciente á las pocas alhajas, que, de su madre, conservaba Armida. Del producto compró un decente mobiliario para la nueva habitación y aún hubo un buen sobrante para los primeros gastos diarios. Al día siguiente, después de sensible despedida, dejaron á Elisa, y las nuevas inquilinas se instalaron en su cuarto tercero. Desde luego, Armida puso sobre su puerta un cartel que decía "Armida del Castillo y Sué.—Bordadora."

El mismo día llegaron dos vecinas—ya se ha dicho que la casa era de vecindad—á encargarse de los pañuelos. He aquí á la que debió ser rica heredera, convertida en humilde bordadora. Pero el bordado, si ha de ejecutarse con primor, pide tiempo y cuidado, por lo cual su producto es muy escaso. Las marcas de pañuelos fueron celebradas por su precioso trabajo y no faltaron á la bordadora encargos de ese género. No obstante, doña Antonia, no

podía permitir que su niña pasara todo el día doblada sobre el trabajo. Echóse. pues. á discurrir un medio más lucrativo. . . . pronto lo halló: era activa y valerosa, por lo cual no vaciló en ponerlo en práctica. Fuése derecha al Hotel de la Reina—que era el de más fama en la ciudad—según afirmación de una vecina—y propuso al hotelero servirle dos horas por la mañana y dos por la tarde en el desempeño de oficios culinarios, pues ella sabía confeccionar muy buenas viandas y gran variedad de pastelería: que si la aceptaban vendría de las ocho á las diez en la mañana, y de las dos á las cuatro en la tarde—terminando su petición así:—No pido retribución alguna, hasta que el señor juzgue mis oficios y vea si le conviene ó no mi ayudantía.

El hostelero conoció por el acento que la pretendiente era francesa, aceptando en seguida la petición.

Habiendo doña Antonia desempeñado por dos días su faena en el hotel, el dueño tuvo tiempo de apreciar lo sabroso de los guisos y la delicada confección de tortas y pasteles. Ojo avizor y oído alerta, veía y oía á sus parroquianos que ponderaban el mérito de las nuevas viandas. Así, cuando al tercer día le preguntó la francesa qué le parecía su trabajo contestóle risueño:

—Me parece muy bien señora ¿Cuánto quiere Ud. ganar por semana?

—Pues, señor, lo que le pido es que Ud. me permita llevar todos los días, por mañana y tarde, un platito de la misma vianda porque tengo allá en casa una niña á quien cuidar.

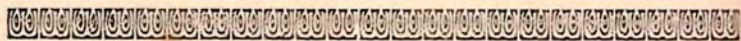
El hotelero convino muy gustoso, añadiendo que todos los sábados la daría alguna cantidad en efectivo. Doña Antonia, contentísima por tener asegurada la manutención de Armida y la propia, dábase por dichosa, rogando á la joven que no trabajara tanto, pues ya no había que hacer gastos de mercado. Las dos mujeres iban viviendo así, hasta que Dios dispusiera otra cosa.

Como un mes después de su instalación en el cuartito, Armida recibió una tarjeta con orla negra. Allí decía Elisa de Mendoza y Rivas—se despide para Italia.

—Que tenga feliz viaje, dijo la joven.

—Como es tan rica—añadió el aya—va á divertirse.





## CAPITULO XVII

### EL AMERICANO

Aquel día la mesa redonda del Hotel de la Reina estaba atestada de comensales; los cuales, comiendo á dos carrillos y hablando á la vez cada uno con su vecino, formaban con sus voces y el ruido de platos y vasos, cierta alegre, graciosa algarabía. Sin duda, por distraerse, comía allí un caballero, que á juzgar por sus atavíos, era bastante rico para hacerse servir en cuarto aparte.

El señor era ya casi anciano, y su mirada sin animación, como así mismo su color macilento, indicaban, desde luego, una de esas enfermedades crónicas que agarrándose al individuo, sin dejarlo jamás, lo arrastran, en más ó menos tiempo, hasta dejarlo en el sepulcro. El caballero vestía ropa negra, de paño fino: camisa de batista cerrada con tres botones de brillantes y en el dedo anular de la mano izquierda lucía un magnífico solitario de gran valor, por su forma y tamaño. Sentados á su derecha comían y platicaban dos jóvenes, de veinte á veintidós años, al parecer estudiantes.

Oigamos algo de su charla.

—Te digo, Silvestre, que la joven es hermosísima, y que si yo tuviera terminada mi carrera, me declaraba su pretendiente.

—Pues mira Blas; talvez no te aceptaría.

—Y eso por qué ¿Tan despreciable me consideras?

—¡Nada de eso, amigo mío! Yo sé lo que vales; pero es que la chica es un tantico orgullosa.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque mi madre, como vivimos en la misma casa de vecindad, ha formado amistades con doña Antonia, la francesa; ésta le ha contado muchas cosas de la historia de esa

joven. . . . En primer lugar que la señorita nació en Santa Elena, donde fueron sus padres acompañando á la Granleza caída.

—¡Hola! ¿Conque nació en la célebre Isla? Pues ya tiene un título más á mi admiración.

—¡Eres entusiasta por el Gran Emperador!

—Y tú también lo serías si consideras los adelantos que quiso implantar en nuestra patria. ¿Olvidas que su primer Decreto fué para abolir la infame Inquisición? Solamente por ese acto, altamente humanitario, debieran todos los españoles estarle agradecidos.

—¡Sí! Pero era extranjero. . . .

—¿Y eso qué? ¿No fué Rey Felipe V siendo francés? ¡Ah, me olvidaba! Ese Felipe, venía en línea recta del fanático Luis XIV puesto que aquel era nieto de éste. Pero ¡mira, chico! dejémonos de esto; porque yo no acabaría nunca si hablara del fanatismo de mi Patria. . . . ¡Es cosa que me revienta! Beberé un vaso de vino aguada para calmar la bilis.

Y, dicho y hecho; Blas, se echó al colete el fresco. El joven pertenecía, en cuerpo y alma, á la España moderna Silvestre Batista, reanudó el diálogo truncado por el arranque de su patriota amigo.

—Como te decía, doña Antonia, refirió á mi madre varias circunstancias sobre los antecedentes de la niña. El padre murió allí en la Isla. La madre regresó á Francia con su hija, y, por muchos años, vivieron en París. Mas tarde la señora enfermó, muriendo al fin, dejando huérfana y pobre á la señorita Armida. Pero la finada había dejado una carta para que, después de su muerte, se la entregaran á su cuñada doña Pilar del Castillo. En esa carta la suplicaba amparase á su sobrina, huérfana y desvalida. Pocos meses después de la muerte de la madre, la joven, acompañada del aya—porque doña Antonia lo es— se vinieron á esta capital. La del Castillo, enterada por la carta de su cuñada, recibió muy bien á esa sobrina, de la cual ignoraba la existencia. Doña Pilar, creyéndose sin heredero alguno, había testado, tiempo atrás, dejando todos sus bienes á su dama de compañía, Elisa de Mendoza. Pero he aquí que al aparecer un heredero legítimo fué preciso reformar el Testamento. No era la señora del Castillo, persona que faltase á su deber, aunque su gran cariño á Elisa pudiera hacerla sentir ese cambio. No destruyó el primer Testamento, pero escribió un Codicilo—y aquí viene lo gordo—cuando murió la anciana se abrieron



los dos documentos, resultando nulo y sin ningún valor el Codicilo, por no llevar estampadas al frente, las mismas palabras conque comenzaba el primer Testamento; cláusula tan importante, que nulificaba cualquier otra disposición testamentaria, si no aparecían, encabezándola, las dichas palabras—especie de talismán—para ganar la herencia. La dama de compañía fué, pues, la heredera universal y la pobre sobrina quedó en la indigencia.

Te dije que la niña era un tanto orgullosa, porque no quiso aceptar la pensión que la ofreció la heredera, alegando que ella no estaba inválida y podía trabajar.

—Pues mira, Silvestre; me gusta ese proceder. Una pensión no es más que una limosna disfrazada. No debe admitirse sino en ciertos casos excepcionales; por ejemplo: ancianidad desvalida ó enfermedad que inutilice para el trabajo: de otro modo, jamás la aceptaría yo.

Durante esa larga conversación los comensales habían dejado la mesa, menos el señor enfermizo y rico, que había escuchado, con suma atención la plática de los dos estudiantes.

Por fin Silvestre concluyó diciendo:

—La joven, en cuestión, se pasa todo el día bordando, trabajo que ejecuta con primor; pero es un oficio que produce muy poco por exigir tiempo y esmerada atención—según dice mi madre; porque yo no entiendo ni pizca en cuestión de labores.

Los dos jóvenes iban á dejar la mesa, cuando el caballero desconocido les dijo:

—Señores, acabo de oírles mencionar una joven bordadora, y necesitando yo marcar unos pañuelos, ruégoles me indiquen la habitación de esa señorita para ir personalmente á encargarle esa obra.

Al mismo tiempo socó del bolsillo un librito de apuntes y un lápiz.

—Con mucho gusto, caballero—dijo Silvestre—esa señorita vive Calle de la Soledad, número 7, cuarto tercero: sobre su puerta hay un cartel indicando su profesión de bordadora.

Don Guillermo Soldevilla—nombre del caballero—apuntó las señas en su librito, diciendo á los jóvenes:

—Doy á ustedes las gracias y les suplico me digan sus nombres.

—Yo me llamo Blas Carrillo y estoy á la disposición de Ud.

—Y yo Silvestre Batista, su atento servidor.

El caballero saludó, diciendo:

—Mi nombre es Guillermo Soldevilla: mi nacionalidad, América del Sur; mi residencia, Belén de Pará, en el Brasil. Ahora, que ya nos conocemos, ruego a ustedes que esta noche me acompañen un rato en mi cuarto No. 2, piso primero de este mismo Hotel. Allí tendré el gusto de ofrecerles unos excelentes vegueros de la Vuelta de Abajo, cosa que, creo escasea en estas latitudes.

—¡Cá! Si aquí no se consigue sino un pésimo tabaquillo....

—¡Pues lo dicho! á las ocho de la noche los aguardo en mi cuarto.

Los jóvenes estrecharon afectuosamente la mano del obsequioso americano, despidiéndose hasta luego.

Don Guillermo salió en busca de la casa de la bordadora. A pocas vueltas dió con la Calle de la Soledad y el número 7. Subió una escalera y pronto el cartel de anuncio colocado sobre una puerta le indicó el cuarto tercero. Acercóse y tocó con los nudillos. Abrióse en seguida la puerta, apareciendo doña Antonia en el umbral. Soldevilla saludó atentamente, preguntando por la señorita bordadora.

—Pase Ud. adelante caballero: ahí está la niña.

Al ver á tan respetable sujeto, Armida se levantó, saludando ceremoniosamente y ofreciendo asiento á la visita, la invitó á exponer el objeto que allí la conducía.

—Señorita; sabiendo que Ud. borda, he venido á encargarla las marcas de seis pañuelos. Quisiera encargarla más, pero teniendo que embarcarme dentro de ocho días, á más tardar, quizá Ud. no tenga tiempo sino para esos— y alargó un paquetito, que abierto por Armida vió que contenía media docena de pañuelos de finísimo lino y un papel con las iniciales "G. S".

—Está bien, caballero; supuesto que Ud tiene gran premura, por exigirlo así su próximo viaje, daré la preferencia á su encargo dejando para después otros que tengo en casa.—Soldevilla dió las gracias y Armida, que se había levantado para despedirlo cortesmente, volvió á sentarse.

Doña Antonia, muda espectadora de la visita salió acompañándola hasta el pasillo. Ahí el caballero la dijo:

—¿Podré tener con Ud una entrevista privada?

—Si la niña no ha de presenciarla, no puede ser aquí. Pero me ocurre que Ud. puede hablarme en el Hotel de la Reina. ¿No está Ud. hospedado allí?



—En efecto, señora; en el piso primero, cuarto No. 2.

—Pues mañana, á las diez puedo verme con Ud. á solas, en su mismo cuarto, si Ud gusta.

—¡ Perfectamente! Haga favor de no faltar á la cita porque el asunto de que he de hablarla es de suma importancia.—Así se despidieron.

El aya quedóse haciendo cálculos mentales sin sospechar, ni remotamente, de lo que se trataba. Nada dijo á la niña, porque entendía que la conferencia era secreta; guardó, pues, silencio, esperando con ansiedad que luciera el nuevo día.

Entretanto sobrevino la noche, y los dos jóvenes estudiantes encamináronse al cuarto de su anfitrión á caza de los buenos puros ofrecidos. El caballero, recostado en amplio sillón, vestía ligero traje de casa; pero los brillantes de la pechera y gran solitario, allí estaban lanzando vívidos destellos al ser heridos por las luces de cuatro velas, sostenidas por elegante candelabro de cristal.

—¡ Bienvenidos, amigos míos! dijo levantándose y dando sus manos una á cada huésped—Ya me aburría de estar solo; tomen asiento. Después de cruzar unas cuantas palabras, el caballero sacó de un armario una bandeja llena de ricas pastas; una botella de lo añejo y tres copas.

—Ahora, señores, una copita y algunas pastas para hacer boca. El tabaco sabe mejor después de tomar algo—y llenando las tres copas presentó una á cada joven y dejó otra para sí. Los estudiantes, viendo que el señor era tan campechano, no se hicieron rogar; brindando por la salud del improvisado amigo, apuraron las copas: éste contestó el brindis deseándoles pronta y buena terminación en sus estudios; después invitóles á tomar pastas. Acercáronse á la mesa donde estaban y comenzó el derroche de pastelillos, almendrados, melindres y turrone, intercalando algunos sorbos del rico licor.

Al fin el señor Soldevilla, trajo dos cajitas llenas de exquisitos vequeros, y abriéndolas, comenzaron á fumar los tres. Los muchachos estaban encantados con el buen gusto y olor de aquellos puros.

—Esto dá ganas á uno de irse para la América—decía Silvestre.

—Talvez algún día emprendamos viaje—añadía Blas.

—¿ Y por qué nó?—contestóles don Guillermo—¿ qué carreras están estudiando Ustedes?

—Yo estudio medicina—saltó Silvestre.

—Y yo, sigo la de Ingeniero, repuso Blas.

—¡Magnífico! esas son profesiones muy lucrativas en el Nuevo Mundo. Un Ingeniero siempre tendrá trabajo de sobra en un país en el cual á cada rato se abren nuevas líneas ferroviarias; sin contar con que los terrenos mineros abundan allí. La profesión de médico también priva allá, donde las fiebres pululan en ciertas épocas del año, especialmente en las poblaciones marítimas; y si al título de Médico añade Ud. el de Cirujano, su fortuna está hecha. La vieja Europa cuenta con menos recursos para alimentar su numerosísima prole.

—Puede ser que Ud sea nuestro Oráculo...! dijeron los jóvenes.

—Pues, si yo estoy vivo para entonces, pueden Ustedes contar con su sincero amigo, que les recibirá con los brazos abiertos, en aquellos feraces territorios.

Los jóvenes dieron calurosamente las gracias al simpático anfitrión, y levantáronse para despedirse; pero don Guillermo, alargando una caja de puros á cada uno, dijo:

—¡Hé! No hay que despreciar lo bueno! Talvez no vuelvan ustedes á probar legítimos de Vuelta-Abajo hasta que vayan por aquellas zonas.....

Ese obsequio lo agradecieron los estudiantes muchísimo; dando repetidas gracias, despidiéronse del generoso señor, diciendo que iban á desarrollar sus Tesis, para la lección de mañana.

Al día siguiente no fué el caballero á comer en mesa redonda: estaba en su cuarto esperando á doña Antonia. Esta llegó á las diez en punto, é invitada por el americano, tomó asiento inmediato á él, esperando, con gran curiosidad, que el sujeto hablara. No se hizo esperar, pues tomando la palabra Soldevilla, dijo así:

—Señora: sin duda la causará gran sorpresa la proposición que voy á hacerla, pero las vicisitudes y vaivenes de la vida son tantas y tan variadas que no hay para que asombrarse de las diversas peripecias que nos presenta.

—¡Ah! caballero! conozco los cambios, casi siempre lamentables, que ocurren en el transcurso de la vida. Sin ir á buscar lejos los ejemplos, tengo en casa uno que patentiza lo dicho. Mi pobre Armida, descendiente de casa nobiliaria, y criada con toda delicadeza, se ve hoy en la imperiosa necesidad de trabajar para el público.

—Pues bien, señora; diré á Ud. algo sobre mí mismo y después formularé mi petición.



—Hallándome muy falto de salud emprendí viaje á Europa—no sé su Ud. sabe que soy americano.

El aya hizo señal de aquejencia.

—Como decía, continuó Soldevilla—buscando la salud perdida, emprendí y realicé este viaje. Estuve en París, donde, según se afirma, radican los médicos más competentes. Después de varias consultas, todos ellos estuvieron contestes en que cabal salud no disfrutaría nunca; porque mi mal se hizo crónico, y por lo tanto, incurable; pero con un buen régimen alimenticio y sanas costumbres, podría alargar mi vida varios años. Dejé la Francia, con objeto de regresar pronto á mi patria. Embarquéme, siendo en los primeros días feliz la travesía: pero el mar tiene frecuentes traiciones. De improviso se desarrolló un aguacero torrencial acompañado de terribles truenos: los rayos surcaban el espacio, cayendo cual granizo en torno de la nave..... ¡Aquello era tan grandioso como aterrador! Todos creíamos que el barco iba á ser víctima de la electricidad..... Ya en los mástiles temblaba el fuego de Santelmo..... En medio de esa gran tribulación, elevé un voto al cielo, ofreciéndole casarme con la joven más pobre que hallase, con tal que fuera honrada, para dotarla con la cantidad que tengo depositada en el Banco de Río Janeiro; cantidad algo respetable, que enriquecerá á la joven que sea mi esposa. ¿Oyó Dios mi voto? Apenas formulado, comenzó á cambiar el tiempo; cesó el agua, y el tonante rugir del trueno no se volvió á oír. Ahora, bien, señora, he buscado en vano la joven que deba ser mi esposa. Si he hallado jóvenes pobres; pero unas tienen sus novios y otras carecen de buena conducta. Al fin creo que podré cumplir mi voto, pues he descubierto una niña que posee las condiciones que yo pido. Esa niña es muy bella; pero no es la belleza lo que busco; si fuera fea le haría el mismo ofrecimiento, á saber: un marido nominal, que jamás será un esposo de hecho: que la toma por compañera únicamente para enriquecerla, dotándola, desde luego, con suma respetable, y dejándola á mi muerte, por heredera universal de todo el resto de mi fortuna. Ud. comprenderá que la joven á quien me refiero es la señorita Armida?

—En efecto, caballero, he creído entenderlo. ¿Pero cómo puede casarse una niña tan joven.....?

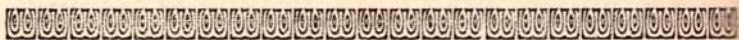
—¿Con un viejo como yo? De una manera muy sencilla: la joven no será la esposa del viejo; será simplemente su hija—aunque para cualquier particular pase por su mujer legítima. Soy viejo y además enfermizo. Las pasiones juve-

niles, que no pocos ancianos conservan—huyeron de mi para siempre. La niña tiene todas las probabilidades de ser aún muy joven cuando yo deje este mundo.... Entonces, hermosa, joven y rica, será muy feliz, y podrá escoger, á su gusto, entre los muchos adoradores que tendrá, uno que sea realmente su esposo. No pido más que un poco de cariño para el viejo..... cariño filial, y hablarle á Ud. de la honradez de esa niña sería ofensivo..... sería insultante. Sé positivamente que aunque de hecho no será mi esposa, jamás manchará mi nombre.

—Juzga Ud. acertadamente. Armida es de las que anteponen el deber á todo lo demás. Ahora, señor, voy á comunicarla su proposición de Ud. y esta misma tarde traeré la respuesta.







## CAPITULO XVIII

### EN MARCHA

Doña Antonia, asombrada todavía de la propuesta de don Guillermo, llegó pronto á su casa. Armida, notando algo anormal en el semblante de su aya, la interpeló sobre la causa de su mutación. La buena mujer, después de corta vacilación, contestó:

—Querida niña, es tan extraño lo que voy á decirte que no vas á creerme.

—Bien puedes decir lo que sea, por que yo, ya estoy curada de sustos. Aunque soy muy joven he probado bastante la desgracia para recibir impávida algún nuevo recargo de esa negra deidad. Creo que algo malo vas á anunciarme, porque te veo inmutada.....

—Pues no es malo, querida mía, sino que es muy raro; y tú, ni en sueños pudieras tener idea de lo que se trata.

—Dílo de una vez; sea lo que sea: me tienes en ascuas.

—Figúrate que el señor americano que trajo ayer los pañuelos, quiere casarse contigo.

—Armida se asustó, pintándose en su rostro indefinible sorpresa.

—¡Pero si ese señor apenas me conoce.... ¿Cómo puede ser cierto esto?

—¡Ahora verás! te contaré todo lo que me ha dicho, sin omitir nada.

Y doña Antonia relató fielmente su diálogo con Soldevilla, expresando muy claro las condiciones conque tomaría á la joven por esposa.

—¿Entonces, solo por enriquecerme quiere casarse conmigo?

—Sí, hija; de otra manera no puede un hombre honrado dar riqueza á una joven de tus circunstancias, ni ella aceptarla sin desdoro. ¿Qué piensas tú para el porvenir? ¿Tienes idea de casarte?

—Nunca he pensado en tales cosas, Antonia.

—Pues bien, hija mía; si tú no piensas yo pensaré por tí. Hace muchos años que tu excelente madre me puso á tu lado para que fuera tu educadora. Hoy, ya eres una mujer: ya es preciso pensar en el mañana. Tú llegarás, con tu belleza y honradez, á tener muchos pretendientes; pero es muy posible que ellos no tengan un cuarto. Sé que no eres ambiciosa, pero también sé que se necesita algo para vivir. Además, estoy segura que tú no te casarías con un hombre sin instrucción.....

—¡ Ah! eso, nunca! interrumpió la huérfana.

—Pues bien; esos señores instruidos piden para esposas, jóvenes ricas—aunque haya algunas excepciones..... son pocas.

—No creas que yo pienso de otro modo; sé que nunca podré casarme, ni tampoco me hace falta pensar en ello.

—Pues bien; si no tienes idea alguna preconcebida, sobre el asunto ¿por qué no has de casarte con don Guillermo? ¿No te seduce la idea de alegrar con tu presencia la vida solitaria de un anciano enfermo, á quien podrías prestar mil cariñosos cuidados?

—¡ Ah! sí, sí! querida Antonia: has tocado mi cuerda sensible! Ser útil á un sér triste; rodearlo de cuidadosas atenciones..... ¡ Oh! bajo ese punto de vista miro con gusto esa proposición. ¡ Cuidar á un doliente y anciano padre! ese es mi fuerte. Mira, Antonia, á mí lo que me espanta es eso de muchas riquezas..... pero me ocurre otra cosa, pienso que esos tesoros que de improviso me caen del cielo, han de ser destinados á algún fin que se me oculta ahora, pero que debe aparecer á su debido tiempo. Hoy pobrecita, mañana millonaria..... eso es cosa providencial: acatemos altos y desconocidos decretos..... Contéstale á ese buen señor, que acepto su petición, tal como la ha formulado.

Armida se creía predestinada; y en efecto, lo era, como más adelante se verá, si es que algún lector paciente, quiere seguirnos á lejanas tierras.

Doña Antonia volvió, en la tarde, á visitar al caballero, refiriéndole, casi íntegramente, su conversación con Armida. Don Guillermo no pudo menos de reirse del susto demos-



trado por la huérfana, al saber que iba á ser millonaria—diciendo—Dos millones, no es cantidad para asustarse. Cuando estemos allá en América, verá la señorita que en el Brasil hay capitalistas que los tienen por docenas. Dígale á mi futura, que mañana á las doce iré á buscarla, y á Ud. también, para que todos vayamos á la Gobernación á firmar el Contrato de boda. Quiero activar ese asunto, porque he sabido que pasado mañana zarpa una fragata para América, y quiero aprovechar la oportunidad para embarcarnos en ella. Ud. irá disponiendo su maletita y la de la niña. Poca ropa. . . . . apenas para el viaje: en llegando á tierra firme nos surtiremos de todo con largueza.

Después de despedirse, se dirigió al Juzgado é hizo extender una carta de Dotación, firmada por la autoridad competente, por dos testigos y por él mismo. Aquella escritura decía que dotaba á su muy amada esposa Armida del Castillo de Soldevilla con la suma de dos millones de duros, cuyo efectivo estaba colocado en el Banco de Río Janeiro, á la orden de su actual dueña.

Después de practicada esa diligencia, dirigióse el buen señor al hotel, llevando en el bolsillo para donárselo á su joven esposa, un capital diez veces mayor que aquel que doña Pilar del Castillo legó al morir. ¡Cosas de la suerte!

Esperó en el comedor hasta que llegaron comensales á ver si entre ellos descubriría á sus jóvenes amigos los estudiantes. Y en efecto, ya tarde, se presentaron. Sin duda venían á tomar algo, porque, con la proximidad de los exámenes, no dejaban los estudios y comían á cualquier hora. Don Guillermo les saludó sentándose á la mesa con ellos.

—Como nuestra despedida se acerca, pues he adelantado mi viaje—que debe efectuarse pasado mañana— concédanme ustedes la gracia de ser mis huéspedes por hoy.

Los jóvenes aceptaron el amable ofrecimiento dando las gracias. Don Guillermo, llamando al sirviente, pidió sirviese en seguida unas viandas, con tres cubiertos, á ocho duros cada uno. No hay para que decir que al momento fueron servidos, pues en los grandes hoteles todo está á punto para cualesquiera pedidos gastronómicos. La comida fué exquisita, como la pedía el alto precio del cubierto. Desde los más sabrosos guisos de carne y volatería, hasta los más costosos pescados por su delicado sabor, nada faltó allí. Los vinos de mejores marcas y los variadísimos postres circularon con profusión.

Es decir, que los estudiantes que llegaron á tomar una

simple colación, se hallaron de manos á boca, con un soberbio festín.

Al terminar el succulento banquete, Soldevilla sacó del bolsillo una hermosa petaca de nácar con esmaltes de oro, y les dijo:

—Señores, no tengo aquí vegueros, porque mi costumbre es fumar pitillos después de comer. La picadura es, como los puros, de las mejores vegas cubanas: fumen dos ó tres seguidos, y les surtirá el mismo efecto que si fumaran uno de aquellos.

Los muchachos no hicieron melindres; tomando cada uno de la preciosa petaca, tres ó cuatro pitillos, que en seguida hicieron conocer, en la blanca ceniza y el aromático humo, la bondad del tabaco.

—Ahora, amigos, hagan el favor de venir á mi cuarto: tengo que hablarles para pedirles un favor.

Silvestre y Blas se levantaron siguiendo á su anfitrión. Después de tomar asiento los tres, Soldevilla hablo así:

—Amigos míos, pido á ustedes un servicio: deseo que mañana, á las doce, me sirvan de testigos.

—¡Cómo, señor! ¿se bate Ud.? dijo Silvestre.

Añadiendo Blas:

—¡Eso no puede ser! No permitiremos ese desafío.

—Pero, amigos, no se trata de reyerta.

—¡Ah! pues entonces quiere Ud. que seamos testigos de alguna escritura.....?

—Justamente: se trata de una escritura de esponsales.

—¡Ah! ¿Se casa Ud.?

—Entonces, con toda nuestra voluntad, seremos sus testigos.

—Nunca dudé de que ustedes aceptarían el cargo de ser mis padrinos de boda. Ahora les diré que mi futura, se llama Armida del Castillo y Sué, y que su profesión es bordadora.

Admirados los estudiantes, no pudieron menos de exclamar.

—¡Ah! ¿se casa Ud. con una mujer tan joven.....?

—No extraño la admiración de ustedes. El caso no es para menos. Pero como no quiero pasar en la opinión de mis padrinos por uno de esos viejos verdes que andan siempre á caza de muchachas, les voy á referir, verídicamente, el por qué de esta boda.

Y don Guillermo relató, punto por punto, lo mismo que, horas antes refirió á doña Antonia, explicando muy claro el modo de proceder que, en lo futuro, tendría con Armida, la



cual no sería nunca, sino su esposa nominal. Y al fin, señores, vean el comienzo de mi propósito, ya realizado. Y sacando del bolsillo la carta dotal, la presentó á los estudiantes, que, al leerla, quedaron estupefactos.

—Pero, señor:—dijeron, devolviendo el documento— ¡Ud. es un hombre admirable!

—Nó, amigos; no soy más que un hombre que ha tenido alguna fortuna y muchas desgracias.

—¿Creen ustedes que el dinero hace feliz al hombre?

—En muchos casos sí: en algunos nó.

—Pues bien; yo pertenezco á ese número de algunos: ahora lo sabréis. En mi juventud fui casado con una joven española: la amé como aman los hombres que sólo piensan en su familia y en su trabajo. Tuve dos hijos que fueron el encanto de nuestro hogar feliz. Por entonces yo explotaba una mina argentéfera, de buenos rendimientos, y á los cuatro años pude llamarme rico. Por mucho tiempo continué la explotación, aumentando mi ya respetable capital. Todo me indicaba que tendría una feliz y larga vida. . . . Pero ¡es que la desgracia tiene celos de las gentes dichosas! ¡de improviso, asesta sus mortíferos golpes sobre los mortales! En dos años perdí mi adorada esposa y mis idolatrados hijos—¡dolor inolvidable, que me acompaña hace veinte años. . . .! Y ¿creéis que después de esas pérdidas, he podido yo gozar felicidad alguna á pesar de mis riquezas? Nó; mi dicha desapareció para no volver! Ultimamente, sintiéndome muy enfermo vendí mis derechos á la mina y emprendí este viaje á Europa. Lo demás lo sabéis.

Los jóvenes, un tanto contristados con ese relato, acompañaron por una hora más al que llamaban su pobre amigo!

Al despedirse, dijo el caballero:

—Ud., amigo Silvestre, podrá suplicar de mi parte á su madre que tenga la bondad de acompañarnos á la Gobernación, mañana á las doce. Dos padrinos piden dos madrinas; doña Antonia será la otra.

—Estoy seguro—dijo Silvestre—que mi madre aceptará con gusto la petición de Ud.

Despidiéronse hasta el siguiente día á las once, que vendrían á reunirse con su ahijado.

Don Guillermo salió dirigiéndose á una prendería, y después á un almacén de ropas. En ambos establecimientos compró algunas cosas, empaquetándolas y llevándolas á su cuarto. Allí, después de tomar ligera colación, se acostó,

durmiéndose pronto, con el pacífico sueño de los justos. Al siguiente día, á las nueve, se fué casa de Armida, á decirle que á las once y media vendría por ella y doña Antonia, pues la ceremonia se verificaría á las doce en punto—añadiendo:

—Usted, querida niña, desde hoy puede considerarme como un padre cariñoso, pues ya sabe que nunca seré otra cosa para Ud. Mañana ó pasado nos embarcaremos para América. Estoy seguro que á Ud. le va á gustar mucho aquel país. Allí, por primera vez, conocerá indios. En la misma hacienda á donde vamos, hay una ranchería con quince ó veinte familias. Esos indios están ya medio civilizados: llevan vestido, y son cristianos.

—Conque, niña, hasta más tarde.

A las once y media, volvió el caballero, acompañado de sus padrinos, muy acicalados y peripuestos. Armida y doña Antonia, vestían sencillamente traje de medio luto; y la madre de Silvestre, que se incorporó al grupo, iba bien ataviada. Los seis se encaminaron á la Gobernación. El Funcionario les aguardaba. Previas las preguntas de rúbrica, hechas á los contrayentes, se extendió el Contrato Matrimonial, firmándolo primero los novios y después los cuatro padrinos. Esta clase de matrimonios civiles, no pide otros trámites que los referidos: al minuto están terminados; y no hay que dudar de su validez. Si más tarde hay desavenencia entre los cónyuges, la Ley decidirá, protegiendo al que tenga la razón. Casi todas las gentes se casan según la Iglesia; pero entre la plebe hay una infinidad de matrimonios separados, viviendo los consortes libremente, cada uno por su cuenta; ellos, con otras mujeres y ellas, con otros hombres, que no son, ciertamente, los que respectivamente les dió la Iglesia. Eso lo vemos diariamente, y entonces ¿qué deducir.....?

Volvamos con nuestros amigos al hotel, pues el magnífico banquete, previamente encargado por Soldevilla, corre peligro de enfriarse. Los seis sentáronse á la mesa dando principio el espléndido festín, que por muchos días se comentó en aquel establecimiento como cosa no vista. No haremos la descripción de tamaña fiesta por ser relato muy difuso. Pero si diremos que la riqueza y abundancia de manjares nos recordó “las bodas del rico Camacho” y que no faltó algún Sancho, que, allá, en la cocina, sacara con la espumadera una que otra paloma de las muchas trufadas que contenía la olla.



Al terminarse el banquete, todos, con el novio á la cabeza, se fueron, invitados por él, á su departamento. Después de tomar asiento, novios y padrinos, don Guillermo sacó del bolsillo la Carta de Dote, entregándola á la esposa para que la leyera.

Armida, después de enterarse, dijo:

—Pero, señor! ¿Se desprende de toda su riqueza para donármela?  
nármela?

—No, querida niña, no es esa toda mi propiedad. Allende los mares, en el Brasil, poseo una gran finca que te va á gustar por las bellas perspectivas que la rodean. Se llama Hacienda de Miraflores. Con las rentas que rinden aquellos feraces terrenos podrían vivir con holgura ocho ó diez familias. . . . Conque, no hay que pensar que tu dote haya derribado mi fortuna.

Dicho esto dirigióse al armario, sacó cuatro cajitas pequeñas y un paquete, abrió éste presentando á la madre de Silvestre un corte de moaré negro, y de una de las cajitas sacó una rica sortija de topacio, cuya piedra estaba rodeada de pequeños brillantes, diciendo á la madrina:

—Sírvese, señora, aceptar esos pequeños presentes en memoria de su viejo ahijado. Y usted, señora madrina, acepte también esta sortija como recuerdo de este fausto día; y puso en el dedo anular de doña Antonia otra sortija con una gran amatista circundada por pequeñas perlas.

Las madrinas dieron un millón de gracias, y Soldevilla, volviéndose al aya, añadió:

—El túnico para usted lo vamos á buscar allá en la América del Sur; no le faltará á Ud.

En cuanto á los padrinos les presentó á cada uno una cajita de las dos que quedaban. Los muchachos abrieron cada uno la suya, viendo en ellas dos ricas botonaduras de rubíes, exactamente iguales.

—Eso para que Udes. estrenen en día que se revaliden; por este medio, en tal día, se acordarán de mí, y acaso se animen á pasar el gran charco.

Nunca nos olvidaremos de nuestro generoso ahijado—dijo Blas.

—Por mi parte, el deseo de verle, puede que me quite el miedo al mareo. . . . dijo el otro.

Todos los agraciados quedaron contentos. Y pensaron que en esta boda todo se efectuaba al revés, pues es notorio que los padrinos, en tales casos, son los que regalan á los ahijados y no estos á ellos. Todos se marcharon diciendo que

al día siguiente vendrían para saber la hora del embarque y acompañarlos al muelle.

Armida y el aya quedáronse para decir algo al caballero. La esposa se adelantó diciendo:

—De hoy más me parece feo llamar á Ud. don Guillermo. ¿Cómo quiere Ud. que le diga?

—Querida hija, llámame Papacito. En América se da ese nombre cariñoso á una persona mayor cuando es esposo, y también cuando no lo es. ¿Te gusta?

—Muchos, y desde ahora lo adopto. Dígame, Papacito, ¿qué tengo de arreglar para el viaje?

—Nada, hija; apenas una maleta con tu ropa de uso para abordo y nada más.

—¿Y los pañuelos que me dió para marcar?

—Pues, durante la travesía te entretienes en eso. ¿Quieres?

—¡ Con mil amores! ¡ Adios, Papacito! hasta mañana que Ud. vaya á buscarnos para el embarque. Y alargándole la mano, como así mismo el aya, dejaron el hotel, marchándose al piso tercero.

El americano durmió, tranquilamente, toda la noche: había cumplido su voto, y eso le bastó. Al siguiente día tomó tres pasajes de primera en la fragata "Fama" que, á las dos de la tarde, zarpaba para la América del Sur.

Armida y doña Antonia, partían sin ningún pesar. No era aquella su patria, ni tampoco tenían ningún pariente cuya ausencia pudieran lamentar. Sólo los estudiantes y la madrina, era lo único que les dolía un poco. Pero había esperanza de que más adelante, todos se fueran al Brasil.

A la una y media, los tres viajeros acompañados por sus padrinos, se hallaban en el muelle. Allí se abrazaron mutuamente dándose un adiós, nó eterno, sino hasta después.

Don Guillermo dió á cada uno de los estudiantes una tarjeta. Allí se leía.

"Guillermo Soldevilla y señora, se despiden para el Brasil—Provincia del Pará—Hacienda de Miraflores."

Se dió el último apretón de manos..... después se embarcaron y..... ¡ En marcha!